Louis Jolicoeur

# La máscara etrusca

*Traducción de Natalia Arregui*

Granada, 2021

Primera edición publicada por la editorial l'instant même en 2009
© de la traducción: natalia arregui
© louis jolicoeur
© universidad de granada
la máscara etrusca
ISBN: 978-84-338-6807-7
Depósito legal: Gr./319-2021
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. Granada
Fotocomposición: M.ª José García Sanchis. Granada
Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico. Granada
Imprime: Printhaus. Bilbao

*Printed in Spain* *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## Nota del autor

Esta novela está inspirada en hechos reales. Los de una máscara etrusca que trajo de Europa un militar canadiense tras la Segunda Guerra Mundial. Los personajes son, no obstante, ficticios.

La máscara habría tenido varias vidas; esta habrá sido la última. La cubierta reproduce su fotografía.

## SICILIA, JULIO DE 1943

Estelas de fuego estriaban el cielo aún claro del ocaso del día. A lo lejos se extendía un bosque de pinos, hayas y álamos, incrustado entre montañas marchitas en las que algunas cabras pastaban, sus cencerros creando una extraña impresión de calma en medio del caos. Seguían oyéndose detonaciones aquí y allá, pero el silencio se apoderaba poco a poco de todo el valle. Los soldados marchaban rápidamente y de forma desordenada, cansados, hambrientos, aturdidos por el calor. Sólo deseaban una cosa: salir lo antes posible de Regalbuto, a la que acababan de pasar a sangre y fuego para expulsar a los alemanes. Regalbuto… un nombre muy vivaracho dadas las circunstancias. Los habitantes estaban encerrados en lo que quedaba de sus casas, no tenían el ánimo para fiestas, ni rastro de alborozo.

En cuanto llegaran al río Salso, y al pueblo de Sparacollo después, los soldados podrían al fin descansar.

Eugène caminaba detrás del grupo arrastrando los pies, extenuado, asqueado de tanta locura, del estrépito, de la destrucción. Su mochila le aplastaba los riñones y la bandolera, que colgaba laxa de su hombro, le hacía parecer un scout de vacaciones. Tenía que deshacerse de las cosas inútiles que sobrecargaban su bolso y no guardar más que lo esencial.

Su mirada vagó un instante por los restos humeantes del pueblo. Vio en el suelo un viejo cartel del templo de la Concordia, en Agrigento, a una pedrada de allí. Pensó que ese nombre era también una magnífica ironía.

Los muros que aún se mantenían en pie se teñían poco a poco del típico color de la toba siciliana al sol poniente. Los templos de Agrigento también estarían tornándose amarillo fuego. Eugène divisó a un viejo encaramado a su carro que lo miraba con mala cara; lo saludó, en vano. Qué delirio, la belleza de aquella isla no podía transformarse tan rápidamente en pesadilla.

Y sin embargo.

Después se dijo que si los templos de Agrigento se tornaban amarillo fuego, era sin duda porque los norteamericanos bombardeaban cerca de allí.

De repente, los hombres que iban delante se pararon. El coronel debía haber ordenado una pausa, los soldados necesitaban descansar. El lugar le pareció poco seguro a Eugène. Desechó, sin embargo, estos pensamientos, obedeció la orden, a pesar de sus dudas, y aprovechó el alto para enviar a su ayudante de campo a la base de los británicos, que estaba a cinco kilómetros al este, a por alcohol, vendas, morfina o, en su defecto, ampollas de cloroformo. Y también a por algunos de esos nuevos comprimidos de sulfatiazol, de los que tan bien se hablaba, a pesar de que Eugène dudara de su eficacia real contra las infecciones, y de que le inquietaran sus efectos secundarios, que había podido observar detenidamente cuando estuvo destinado en el hospital militar de Reading, en Inglaterra, antes de embarcar rumbo a Sicilia. Pero en plena guerra, los efectos secundarios eran, a buen seguro, el menor de los problemas de los generales.

Divisó entonces a Berthier, a su derecha, sentado en una piedra, gesticulando entre Bolduc y otro miliciano, en el que nunca antes se había fijado, sin duda también del regimiento de Trois-Rivières, cerca de Quebec. Se acercó, saludó a los hombres, vio la pierna ensangrentada de Berthier, se inclinó y abrió su bandolera. Les preguntó si tenían alcohol; cuando Bolduc le enseñó su botella de grappa, le sonrió, cogió la botella haciendo ademán de excusarse, invocando razones de fuerza mayor, hizo que Berthier bebiera, pidió a los dos hombres que lo tumbaran en el suelo, lo sujetaran con firmeza y le dieran algo para morder: «un cinturón, sí, valdrá».

Eugène limpió lo mejor posible su bisturí con el licor, que vertió también sobre la herida, hizo con gesto firme una pequeña incisión y rápidamente consiguió extraer la bala. El joven estaba a punto de desmayarse. Eugène volvió a darle un trago de grappa, cerró la herida y colocó acto seguido una de las dos vendas que le quedaban. Berthier estaba empapado en sudor, pero estaba consciente y aliviado. Eugène hizo que se levantara, pidió a sus compañeros que lo llevaran al *field hospital* del regimiento británico, lo tranquilizó diciéndole que pronto podría ir a descansar a Palermo, donde las chicas eran bonitas y las calles estaban llenas de vida, donde el atún asado a la siciliana estaba divino, donde la guerra, para él, sería cosa del pasado. Dejó a los hombres, volvió sobre sus pasos para recoger su mochila y constató que estaba solo en esa parte del valle.

Se inquietó al ver que no volvía su ayudante de campo; sin embargo era necesario que le trajera lo que le había pedido, en breve ya no podría operar.

Entretanto, era una manía muy suya, sacó la cámara de fotos y comenzó a ametrallar, a su manera –que siempre había preferido a la otra–, lo que le rodeaba: el

pueblo en ruinas, los pinos majestuosos que le servían patéticamente de envoltorio, los viejos olivos, los naranjos, las nubes de humo, las montañas en la lejanía.

Entre dos clichés, mientras cambiaba la lente para fotografiar una flor desconocida escondida en la hiedra que reptaba sobre una roca ante él, escuchó un sonido extraño que parecía emanar de un bosquecillo de eucaliptus, más allá de un pequeño claro, al otro lado del camino.

Débil y ahogado en un principio, pero cada vez más claro según iba concentrando su atención, un hilo de voz, quejumbrosa, desesperada, femenina, sin lugar a dudas, vino a apaciguar su rostro fatigado y tenso. Se inmovilizó, escrutó con la mirada el bosquecillo que la sombra crepuscular iba recubriendo poco a poco; volvió a escuchar el lento lamento, voz de mujer, sí, desgarradora pero a la vez dulce y cálida, maternal y cariñosa.

Tres semanas habían pasado ya desde el desembarco de las tropas americanas, británicas y canadienses en Sicilia, preludio de la invasión de la península italiana. Que no tardaría, según todos esos generales cuyo optimismo e inflexible patriotismo tenían la habilidad de sacar a Eugène de sus casillas. Nombre en clave para este segundo frente exigido por los rusos: *Operación Husky*. Un nombre gracioso, la verdad. «Me parece bien que vayamos a la guerra para darle el gusto a Stalin, pero no es Siberia», había dicho Eugène a su ayudante de campo el día que salieron de Southampton.

Tres semanas caminando, bajo el calor del mes de julio de 1943, por caminos reventados y senderos escarpados, por el país que le había hecho soñar durante años,

al que siempre había asociado imágenes de belleza, de serenidad, de sabiduría, pero que ahora se veía obligado únicamente a recorrer, con el miedo en el alma, muriendo de hambre y de sed, a la cola de un batallón de soldados agotados y sin la menor consideración por la tierra roja, los magníficos árboles, los templos griegos o la grandeza del alma siciliana.

Tres semanas recuperando poco a poco cada pulgada de terreno, un campo un día, un pueblo al siguiente, ruinas, griegas o romanas, un monasterio de repente –¡esperemos que no lo bombardeen!

Tres semanas sin presencia femenina. No más de unas furtivas miradas ocasionales, al girar en una calle de Grammichele, bajo un viejo puente en Caltagirone, tras una ventana destrozada en Piazza Armerina. Rostros cordiales cuando todo iba bien, sombríos y afligidos otras veces, como aquí, en Regalbuto; dependía de la amplitud de la destrucción.

Los primeros días de la campaña de Sicilia habían transcurrido en una relativa calma, la réplica italiana había sido débil y de pura fachada, mientras los soldados alemanes parecían retirarse hacia el norte de la isla. De hecho, los ajustes de cuentas entre los partisanos italianos y los antiguos colaboracionistas eran más violentos que los combates.

Para ser sinceros, tras el desembarco de Pachino, en el sur de Siracusa, el batallón de Eugène había sido amenazado sobre todo por los insectos, el calor y el polvo, fino y asfixiante. Después las tropas habían tenido que lidiar también con la falta de agua.

Hasta el momento, en suma, una operación sin más historia, no por ello menos inquietante, la invasión no podría continuar durante mucho tiempo pareciéndose a un paseo por la montaña.

Cinco días después del desembarco, el 15 de julio por la mañana, las tropas aliadas, que se acercaban a Grammichele, habían sido atacadas por una división alemana, de la que Eugène descubriría un poco más tarde que tenía el inquietante nombre de Hermann Göring. Ahí fue cuando su batallón iba a salir de su torpor y comenzaría a contar muertos y heridos.

Desde ese momento las fuerzas alemanas se emplearon en frenar el avance de los aliados. Se replegaron hacia el monte Etna, monstruo de roca y de fuego que culminaba al este, vertiendo de vez en cuando sobre sus flancos impresionantes lenguas de lava roja, lo que hacía de las pavesas de los hombres, muy poca cosa. La primera división canadiense con, en primera línea, el Hastings and Prince Edward Regiment, seguido del 12º Regimiento blindado de Trois-Rivières, al que estaba asignado Eugène, había recibido la orden de remontar hacia la ciudad de Enna. Contrariamente a lo que habían anunciado algunos generales aliados, la resistencia se había intensificado a medida que las tropas avanzaban. En Piazza Armerina y en Valguarnera había habido combates. En los valles, los alemanes habían volado los puentes para frenar a los blindados canadienses. La infantería debía avanzar en lo sucesivo a pie, a paso de tortuga.

En Regalbuto, los alemanes habían golpeado con fuerza. La orden recibida por el mando aliado era inequívoca: la réplica debía ser despiadada. Improbable que quedara mucho del pueblo.

Una mañana, a la entrada de Piazza Armerina, Eugène creyó distinguir a lo lejos la Villa del Casale, famosa por sus mosaicos que eran de los más bellos del mundo romano, según había leído en sus guías y libros de arte

durante todos los años en los que había soñado con Sicilia. Recordó las representaciones de muchachas jóvenes bailando y ejerciéndose en diferentes deportes, otra fijación de su juventud, pero esa evocación, en aquel momento, parecía francamente absurda. ¿La villa habría sido bombardeada?, pensó de repente, preso de una súbita angustia que no tardó en transformarse en resignación.

Tras las batallas de Piazza Armerina y de Valguarnera, los alemanes se habían establecido alrededor del pueblo de Assoro, desde donde intentaban bloquear la ruta hacia Mesina.

Al batallón de Eugène le era imposible acercarse a Assoro. Los alemanes ocupaban el pueblo situado en la cumbre de la montaña y, desde esa posición, podían observar todo el valle. La otra vertiente de la montaña, demasiado abrupta, era inaccesible.

Mientras, el ejército americano avanzaba por el flanco izquierdo de los canadienses. Ya había sido liberada la ciudad de Palermo y servía de base de retaguardia o, según el punto de vista adoptado, de terreno de juego para los soldados de permiso. Además, la noche del 25 de julio, la radio de Roma había difundido la noticia de la dimisión del gobierno de Mussolini.

Unos días después, una tormenta azotó las colinas: fue el primer contacto que tuvieron los soldados con la lluvia desde el comienzo del desembarco.

Tres semanas sin presencia femenina, sin dulzura, sin encanto. Y ahora la lluvia. Torrencial.

Berthier y sus dos compañeros se habían alejado hacia el campamento de los ingleses. Los soldados habían tenido que ponerse al abrigo de la tormenta. Para después, sin duda, remontar hacia el siguiente pueblo. Su ayudante de campo no volvía. Ningún herido en el horizonte.

Desde la mañana no tenía radio.

Esa voz de mujer en la lejanía turbaba a Eugène cada vez más.

Refugiado bajo un inmenso olivo, secó y guardó con rapidez en su bolso la cámara fotográfica. Se dijo que lord Tweedsmuir, comandante del Hastings and Prince Edward Regiment, a quien se había enfrentado en más de una ocasión –«bueno, doc, ¿otra vez haciendo fotos?»–, seguramente no habría terminado de hacer malabares con las posibilidades, las unas más inciertas que las otras, que se le ofrecían ante Assoro. Conocía bien al Lord, tras sus feroces intercambios en las canchas de tenis de la base de Reading, y sus miradas glaciales ante la bella Sarah, a la que ambos ansiaban.

Entonces, bruscamente, Eugène decidió, sin reflexionar más de la cuenta sobre su gesto, responder al lamento aún difuso de la mujer.

Franqueó el foso que bordeaba la carretera, atravesó el claro y encontró refugio en el bosquecillo. Constató que detrás de una primera hilera de eucaliptus había un vergel insólito, compuesto de naranjos y de olivos, en perfecta alternancia. La lluvia labraba el cuarteado suelo con furia. Se puso a temblar. Distinguía a lo lejos a su batallón, que parecía inmovilizado, como un rebaño apacible, en el pueblecillo sobre la colina. El coronel habría decidido parar allí a la espera de que la tormenta amainara.

Nadie parecía haberse dado cuenta de su desaparición. A lo lejos aún estallaban las bombas, con un estruendo que se confundía con el repiqueteo de la lluvia sobre el suelo y las ráfagas de viento en las ramas de los árboles.

Al cabo de un momento, el cielo se despejó súbitamente, los pájaros volvieron a piar, unos pasos sordos –¿un jabalí?– se dejaron oír en el bosque al pie de la

colina. Eugène no sabía muy bien ni dónde estaba, ni lo que debía pensar o hacer. Al abandonar su batallón, ahora se daba cuenta, había infringido el código militar y podía ser llevado ante la corte marcial. Entendía al fin que su impulso no se debía al cansancio, al hambre, a la sed, a la destrucción. La causa era más profunda, también más abstracta. Un agotamiento que venía de lejos. La incapacidad de entrar en la lógica de la guerra, sobre todo de su disciplina. Sin contar una relación turbia con el concepto valor, esa virtud cardinal del mundo militar. El valor de decir no, antes que sí, se decía a menudo. La belleza de la huída, cuando es digna y noble; del fracaso, cuando se ofrece con elegancia.

En resumidas cuentas, ¡no había nada soldadesco en todo aquello!

Como siempre se había complacido en recordarle el querido Lord Tweedsmuir, entre dos cócteles ofrecidos por el conde de Worcester o la baronesa Sheffield.

Llovía aún, pero más mansamente. El sol volvería en breve, y con él, el abrumador calor siciliano. A lo lejos, las campanas de una iglesia se pusieron a tañer en la pesada atmósfera, como un gong siniestro en medio de la desolación. Quizá la guerra estuviera acabando en aquel frente, pero aún podía hacer daño, se dijo Eugène sacudiéndose el barro que le llegaba hasta las pantorrillas.

Que esta locura termine lo antes posible. Y que nunca más forme parte de ella.

Atravesó un riachuelo rebosante de aguas vivas, rodeó un naranjo y fue a parar a una vieja granja, o más bien a un *baglio* en ruinas, como a menudo era el caso de aquellas viejas edificaciones de piedra construidas en la época feudal, típicas de la campiña siciliana. Pero en este caso se trataba de ruinas recientes, con volutas de humo ele-

vándose del edificio principal, del otro lado del patio interior. Debía ser prudente: no sólo los alemanes podían encontrarse aún por los alrededores, sino que su batallón habría constatado seguramente su desaparición, y las tropas aliadas tendrían sin duda algo que decirle si lo encontraban. Avanzó con lentitud, entró por la gran puerta en forma de arco del *baglio*, y después, de repente, al ver que surgía la larga capa negra de un oficial alemán, se pegó a un viejo muro de piedra cubierto de musgo, arma en mano, en absoluto propenso, sin embargo, a servirse de ella. Una gota de sudor frío recorrió su frente, se quedó inmóvil y aterido, sin el mínimo deseo de verificar el alcance de su heroicidad; hasta que constató que el hombre de la capa era en realidad una mujer, no muy joven, completamente vestida de negro, plantada allí, a diez metros delante de él.

Era minúscula. Se preguntó cómo demonios había podido confundirla con un oficial alemán.

El la miró a su vez, dudando sobre el resultado de este encuentro. Esbozó una sonrisa, un gesto amigable, lanzó un *buon giorno* que deseaba fuera cálido, pero que sonó más bien abrupto y completamente irreal en aquellas circunstancias. La mujer no se ofuscó, tenía manifiestamente intenciones más imperiosas. Se dirigió hacia él sin dudarlo, con un paso asombrosamente ágil para su edad, salvo que quizá no fuera tan mayor como parecía.

Envolviéndolo con su delgado brazo y su echarpe negro, su olor a tierra seca y su mirada lánguida, le imploró, musitando palabras que el joven médico del ejército canadiense tardó en comprender, para poco a poco ser consciente de que le estaba pidiendo ayuda desesperadamente.

La siguió, atravesó el patio interior del *baglio*, rodeó el pozo en desuso, bordeó un horno de pan, entró en una

pequeña estancia que había debido servir de almacén e, inducido por la extraña siciliana, se encontró ante una joven tendida sobre un lecho de paja. Los ojos carbón fijos en el vacío, el aspecto de un cervatillo asustado, los brazos tendidos al cielo, se giró hacia él para exhalar, sin aliento: «¡*aiuto*!»

Sin duda era la voz que lo había conducido hasta allí, pero la perturbación misteriosa que se había amparado de él y lo había atraído, casi a su pesar, a aquel lugar perdido, pronto iba a cambiar de carácter.

Eugène hundió su mirada en la de la joven, al principio sin entender; después distinguió, bajo el mentón, detrás de las orejas, en el nacimiento del pecho, unas gotitas rojas, después unas manchas crecientes que cubrían poco a poco la delantera de su vestido, hasta empaparlo completamente dejando un olor acre que él conocía demasiado bien.

Ya no llovía, el viento se había detenido, la joven se calmó en cuanto sintió la mano de Eugène sobre la suya, oyendo su cálida voz que le decía cosas cuyo sentido no le hizo falta comprender para reconfortarse en ellas. Sus lamentos, que Eugène como embrujado había seguido hasta allí, habían cesado.

La mujer vestida de negro se aproximó a su vez y se puso a implorarle en una lengua bien diferente al italiano escolar y aproximado que había aprendido en su tiempo libre durante sus estudios de medicina. Los sonidos se parecían más a un canto entrecortado que a frases, y cada sílaba parecía desvanecerse en cuanto era pronunciada.

Ella supo enseguida que él era médico, que la mirada franca, las manos blancas y delicadas, la cara ingenua, la bandolera que llevaba contra su flanco como un tesoro, sólo podían aportarle la salvación. Eugène entendió que ella estaba dispuesta a dárselo todo si conseguía salvar a su hija, su Marinella. Él la miró con perplejidad, constató la

extrema precariedad del lugar, su mirada pasó de la madre a la hija, después otra vez a la madre, y a la habitación sombría y desprovista donde se encontraban. Dudaba, le hubiera gustado estar en otra parte, había dejado su batallón para encontrarse allí con dos desconocidas, pero entendía que su fuga y las explicaciones que iba a tener que dar algún día a su coronel serían placenteras en comparación con la idea de abandonar a aquellas mujeres a su suerte. Se preguntó por dónde empezar, abrió las ventanas en busca de luz, pidió a la madre que hirviera agua, desvistiera a su hija, la lavara, trajera paños, un barreño, velas y alcohol.

¿Cómo hubiera podido Eugène imaginarse que un día estaría combatiendo en suelo italiano, sobre la misma tierra de Pirandello, escritor fetiche de su juventud?

Pirandello a quien leía con fervor noche tras noche, a menudo hasta el amanecer; luego a escondidas en las clases de los Jesuitas, sentado en la última fila; también después, entre sus clases de anatomía y sus cursos de cirugía, a la sombra de la basílica, incluso tras haber descubierto con consternación que su autor adorado había apoyado a Mussolini desde 1924 y hasta su muerte acontecida doce años más tarde. ¡Cuán desconcertado se había sentido por ello el estudiante de medicina en el cándido Quebec de los años treinta!

Dios sabe lo que Pirandello pensaría hoy de su Mussolini.

Menos se hubiera imaginado él, mientras se dedicaba a descubrir las culturas mediterráneas y a estudiar con pasión los meandros de la lengua italiana, operando en una vieja granja siciliana situada a medio día de marcha del lugar mítico del nacimiento de Pirandello, de nombre predestinado: Chaos. A dos pasos de Agrigento y de sus templos, el de la Concordia en particular, que

justo en ese momento debía estar cayendo en manos de los aliados.

Dejaremos la visita para otro día, se dijo Eugène, sonriendo, recordando esos dulces años, y jurándose regresar un día, en tiempos más clementes.

Volvió a pensar una vez más en los templos de Agrigento. Y en todos esos templos griegos de Sicilia. Los de Selinunte, gigantescos y majestuosos cerca del mar, o el de Segesta, noble y solitario, en pleno corazón de la isla. Así como en tantos otros lugares de esta lejana tierra cuyo mito había cultivado meticulosamente durante toda su juventud. Para, el colmo de la paradoja, ver hoy al país doblar el espinazo bajo las bombas de sus propias tropas.

Y encontrase, en aquel 28 de julio de 1943, en el lecho de una víctima de aquellas bombas.

La vida de Eugène había transcurrido sin sobresaltos hasta entonces. Infancia tranquila en Quebec, villa provinciana en la que no habían influido las grandes corrientes de principios de siglo, pero que lo había acostumbrado a apreciar la calma y la belleza de las cosas. Estudios de medicina en la Universidad Laval, donde los primeros contactos con un mundo diferente iban, con timidez al principio y de forma más radical tras la muerte de sus padres, a abrirle las puertas de un pensamiento más profundo y rebelde. Después Nueva Orleans, que lo iniciaría en los placeres del desorden, tanto culturales como amorosos. Por último el ejército, un poco por casualidad, por el placer de viajar, el deseo de aventura.

Inglaterra fue su destino a principios de la primavera de 1940. Aún eran años felices, a pesar de la guerra. Las enfermeras más numerosas que los soldados, la sangre fría y el humor de los británicos, los magníficos jardines, los paseos en bici, las fiestas bucólicas en la campiña